

UN PASO IMPORTANTE

ES POSIBLE CONSIDERAR QUE LA RECIENTE Feria U.S. Food & Agribusiness Exhibition celebrada en La Habana, en la que participaron cerca de trescientas empresas estadounidenses, impone otro paso hacia el fin del embargo económico y puede indicar, ¡al fin!, el inicio de un nuevo período en las relaciones Cuba-Estados Unidos -aunque la realidad podría no ser tan simple.

Los millonarios acuerdos alcanzados han dado la razón a quienes defienden la idea de que el mercado también acerca, pues finalmente, en este largo conflicto bilateral, se ha impuesto la fuerza del mercado, con su sencilla fórmula de oferta y demanda.

Desde luego que la alabanza y público reconocimiento de las autoridades cubanas a la productividad norteamericana no es fácil de asimilar para muchos cubanos después de tantos años de reales enfrentamientos. Y afirmar, como lo ha hecho el Señor Pedro Alvarez, Presidente de Alimport, que en unos años Cuba podría importar desde Estados Unidos el 70 por ciento de los alimentos que compre en el exterior, tampoco coincide con aquel oráculo que declaraba el fin del capitalismo mundial. Pero más allá de las diferencias políticas se impuso el comercio, y “el comercio libre -dijo el señor Alvarez al boletín *Negocios en Cuba*- no daña a nadie”.

Esta exhibición, los contratos de compra y los acuerdos de intención, los productos que ya fueron adquiridos y los que vendrán, denotan una actitud más pragmática ante la situación actual del país, a corto y mediano plazo. ¿Ha llegado la hora de las reformas económicas sustanciales? Todavía está por ver, pero lo ocurrido en La Habana es indicativo de, al menos, un cambio de actitud.

Para el desaparecido “socialismo real” o “clásico”, la propiedad social sobre los medios de producción -la centralización económica o economía estatizada- era la garantía del sistema, su sustancia y definición. Pero una de las principales dificultades de esta doctrina fue disminuir la importancia del mercado libre como vehículo natural de desarrollo, lo que marcó su inviabilidad y fra-

caso. No es un secreto que el campesino privado abastece hoy buena parte de los mercados agropecuarios cubanos; los transportes privados ayudan a paliar la odisea del traslado público; y en los últimos tiempos, por ejemplo, la cría y comercialización privada de cerdos, la entrega de tierra en usufructo a ciudadanos particulares o familias para la cosecha de tabaco, y más recientemente arroz, han abierto nuevas posibilidades productivas más rentables y eficientes. Eso es un cambio de actitud, y también indica nuevos vientos, una brisa ligera si se quiere, que introduce cambios en la clásica economía centralizada.

Para Cuba debe resultar más económico comprar huevos en Estados Unidos que producirlos en el País. Lo mismo debe ocurrir con otros productos. ¿Podrán competir los campesinos cubanos a corto y mediano plazo con los granjeros norteamericanos en productos que se pueden obtener en la Isla? Difícilmente, al menos por ahora. Pero la clave del éxito del granjero norteamericano no está en ser rubio o medir seis pies. Lo que ha hecho posible que los granjeros y agricultores de Estados Unidos -alrededor del uno por ciento de la población- sean capaces de abastecer con sus productos a cerca de la cuarta parte de la humanidad, es otro principio económico: libertad para producir y comerciar. Lo mismo que “descubrieron” los chinos cuando iniciaron sus reformas en 1978 y permitieron a los campesinos sembrar, cosechar y vender según las leyes naturales del mercado. Aunque no está de más recordar la función social del mercado y la economía, que debe prevalecer sobre el enriquecimiento individual como único objetivo.

Podemos afirmar que un mal uso de la libertad ha conducido a más de un ciudadano de Estados Unidos por caminos que han puesto en peligro a otros miembros de su comunidad, o que pueden amenazar a una parte de la humanidad, pero la libertad sana y natural, acompañada de un sistema de leyes reguladoras, ha sido clave en su éxito económico y en su desarrollo industrial y tecnológico. Ya en el siglo XIX José Martí afirmaba que aquella nación era “la más grande de

cuantas erigió jamás la libertad”, sin dejar de fustigar las deshumanizaciones que apreció, y vivió, en aquella misma nación.

La muestra de La Habana tiene también otra vertiente de orden político. Todos esos empresarios, y otros tantos que no vinieron, con su interés comercial ponen a un paso del abismo una política de aislamiento que es mucho más compleja que la no existencia de comercio regular, propia de la guerra fría, fallida y poco realista. Si es cierto que el cuerpo político tiene un espíritu económico, entonces debemos esperar otros gestos mutuos que, paso a paso, puntada a puntada, vayan reconstruyendo el puente de multifacéticas relaciones que antes existió entre Cuba y Estados Unidos. Eso es positivo en sí mismo, porque elimina las restricciones a las relaciones entre dos países que seguirán siendo vecinos hasta el fin de los tiempos, normaliza unos vínculos que hoy son anormales y satisface -y esto no es menos importante- a millones de cubanos que, en su mente y en su corazón, esperan tener una vida más normal una vez que no exista la desgastante diatriba ideológica entre los dos países.

Pero hay algunas interrogantes que surgen después de conocer tan sólo algunas noticias: Por ejemplo si los cerca de 200 millones de dólares en productos adquiridos por Alimport hasta el momento -sin olvidar que las primeras cantidades compensaron los estragos del huracán Michelle-, están dirigidos sólo a las tiendas que venden en dólares, para poder así asegurar la recuperación de lo invertido en las compras, o si llegarán también a las desabastecidas tiendas de comercio en moneda nacional como productos subsidiados para quienes no tienen divisas.

Otra interrogante: El lunes 30 de septiembre, el diario *Granma* citaba a la comisionada de agricultura del Estado de Iowa, Patrice Judge, quien aseguraba que el acuerdo que había firmado para vender a Cuba frijol de soya y maíz, contribuiría “al desarrollo de 750 cooperativas del centro-oeste de Estados Unidos, agrupadas en la empresa F.C. Stone”, radicada en Iowa. Reconociendo el derecho a este beneficio, ¿será posible a mediano plazo hacer también sustanciales inversiones, préstamos u otras modificaciones económicas que contribuyan al desarrollo de las cooperativas cubanas, al aumento de su productividad, y por tanto a la satisfacción de los cooperativistas, así como a estimular y desarrollar el mercado interno, condición indispensable para nuestro propio progreso económico y social?

Mientras tanto, cualquier acto que acerque entre sí a Cuba y los Estados Unidos, después de tantos años de enfrentamiento, es un acto de valentía: se requiere ser valiente para lograr la paz y la reconciliación, mucho más que para hacer la guerra. Las acciones económi-

cas y políticas que se impulsen desde ambos lados para mejorar las relaciones entre los dos países deben ser respetadas y estimuladas. Si en los próximos meses el Congreso de Estados Unidos pusiera fin a la ley del embargo, a las restricciones en los viajes, a las limitaciones para invertir en Cuba, etc., etc., la vida de los cubanos podría cambiar sustancialmente. Cambiaría, por ejemplo, la visión que muchos tienen sobre aquel país, o podríamos conocer algo más sobre las cosas positivas de aquella nación, porque si, además, los legisladores estadounidenses impulsan leyes considerando que Cuba ya no es una amenaza para Estados Unidos, entonces Estados Unidos, por el mismo hecho, dejaría de ser una amenaza para Cuba. Al parecer se abre un nuevo capítulo en las relaciones entre ambos pueblos países, al que se opondrán los elementos más conservadores, o aquellos que prefieren la pervivencia de la situación actual.

Claro que podrán surgir otras preocupaciones ante un posible intercambio desigual. El 11 de octubre de 1890, Martí escribía para *La Nación* de Buenos Aires un artículo que incluía, entre otros temas, algunas afirmaciones dentro del Partido Republicano de entonces -vaya coincidencia- sobre la acumulación de productos y la necesidad de buscar nuevos mercados en América Latina para salir de las acumulaciones, en abierta y no muy limpia competencia con otras naciones que ya tenían acuerdos con países de la región, y afirmaba que, aunque fuera reales estas ideas manejadas entre los republicanos, no eran tan peligrosas que no hubiera remedios contra ellas y un remedio, afirmaba, “es enseñar a tiempo el cuerpo”. Tal vez hoy, ante un posible intercambio desigual, ha llegado la hora de probar, en todo su potencial, la capacidad técnica y profesional de los cubanos en el campo económico, capacidad adquirida en las últimas cuatro décadas pero muy limitada en la práctica.

Si con esta feria las autoridades cubanas han ratificado la importancia del mercado, rompiendo el dogmatismo del “socialismo clásico” -¿quién puede asegurar que era verdaderamente el “clásico”?-, entonces quizás se podrá evidenciar una renovada forma de concebir el trabajo como generador de sanas riquezas tanto individuales como sociales, y los agricultores cubanos podrán merecer también los elogios, justos, que escuchamos para los agricultores norteamericanos.

Bienvenida pues la iniciativa de la feria, y de otras posibles ferias. Bienvenidos sean los esfuerzos por restablecer relaciones normales entre ambos países. Bienvenida sea cualquier medida -política, social o económica- que contribuya al mejoramiento de los cubanos y a la tranquilidad y progreso nacionales. Un bien que la Iglesia en Cuba, como institución al servicio de la sociedad, no ha dejado de solicitar. Ω